

98

GENESIS GARCIA

TODO COMENZÓ CON UN ARTÍCULO EN EL QUE SE pedía un homenaje nacional a los soldados de aquella guerra desigual en Cuba frente a Estados Unidos. Y acabó con el Monumento a los Héroes de Santiago y Cavite, que puede admirarse en el puerto de Cartagena.

Aquellos marinos que 'nos' murieron



En el monumento a los Héroes de Cavite, la Patria ordena que se cumplan sus órdenes. /MARTINEZ BUESO

Empezaba el año 1898 cuando, en el puerto de La Habana, voló el crucero acorazado *Maine*, enviado por los norteamericanos «para proteger las vidas y propiedades americanas en Cuba», amenazadas, decían, por los problemas de la guerra entre los separatistas y España. Los técnicos achacaron la desgracia a una mina española, hecho que el tiempo demostraría falso, pero que provocó la declaración de guerra de los Estados Unidos. Guerra cuyas calamitosas consecuencias para España fueron conocidas popularmente como *el desastre*.

Los Estados Unidos tenían un pacto con los separatistas cubanos y estaban dispuestos a lo que fuera para que España abandonara Cuba. En Madrid, ya lo habían planteado: «O nos vendéis la isla por trescientos millones de dólares y un millón para los mediadores oficiales, o la guerra». La oferta fue rechazada. Ahora bien, ni el presidente McKinley ni los gobernantes españoles querían, en realidad, la guerra. Pero el joven nacionalismo popular norteamericano tuvo, con aquella voladura, la ocasión de darse un baño de patriotismo militarista, incluso creyendo que la fuerza defensiva española era mayor de lo que realmente era. Por su parte, la fanfarronería popular españolista estaba dispuesta al reto, creyendo también que contábamos con una buena flota, cuya superior bravura se *merendaría* la de esos ganaderos y tocineros enriquecidos a los que llamaban yanquis.

La guerra comenzó, pues, animada por manifestaciones multitudinarias y patrióticas y por la prensa, en uno y otro país. Hay historiadores que aseguran que la clase dirigente española sabía que España saldría derrotada, pero quería liquidar el insostenible problema de Cuba, aunque fuera por la fuerza de la derrota. De cualquier manera, lo cierto es que ya no podían oponerse a la guerra sin ser acusados de cobardes o traidores por su propio pueblo. Y, aunque allí se luchara por una madeja de intereses económicos, políticos y militares encontrados, aquella guerra fue, a pesar de todo, una guerra *muy popular*, cuyas vocingleras manifestaciones obligaron a seguir adelante con los laureles.

Desastre y dolor por España

En Filipinas, el 1 de mayo del 98, el almirante Montojo recibió órdenes de que sus barcos se enfrentaran a la escuadra americana, al mando del comodoro Dewey, quien, *tirando al blanco*, hundió varios cruceros españoles en una hora. Los españoles contaron setenta y cinco muertos y doscientos ochenta y un heridos; los americanos, siete heridos.

El ejército español destacado en Cuba contaba por más miles que en combate los muertos a causa de tifus, difteria, fiebre amarilla, malaria y ulceraciones en las piernas. Como quiera que el ejército norteamericano también sufría en tierra, fueron sus estrategias quienes plantearon resolver la guerra de Cuba con un combate naval, visto el juego que había supuesto derrotar a España en Cavite. Con un «Protesto y salgo a la mar», el almirante Cervera puso rumbo a Cuba, sabiendo que era el viaje de irás y no volverás. Pero una Junta de Generales de la Armada votó unánimemente a favor de que la escuadra española se enfrentara a la americana, decisión alentada por Sagasta, Presidente del Gobierno, que creía ser portavoz de los deseos de plantar cara a los americanos que manifestaba el pueblo español. La bahía de Santiago de Cuba resultó un cepo para la flota española. Blanco, *generalísimo* del ejército de Cuba, exigió la salida de la flota, facilitando así el triunfo de los bloqueadores, al mando de Sampson. Uno por uno, cayeron los buques españoles, aquel negro 3 de julio de

1898, que contó para España trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos y mil seiscientos setenta prisioneros. Los americanos se fueron de rositas, con un muerto y seis heridos a bordo del *Brooklyn*. El 15 de julio, trece mil soldados españoles depusieron las armas.

Honor y gloria para los muertos

Dos siglos llevaba España debilitada por su decadencia. Según elegía quevedesca, «vencida de la edad era su espada». Y no hacía tantos años que la América española se había cobrado su independencia. Pero Cuba, Puerto Rico y Filipinas dolieron popularmente más, porque fueron arrancados por una potencia extranjera, tercera en la lid, que no sólo venció sin resistencia a España en la guerra, sino que la humilló hasta decir *¡basta!* en el tratado la paz, que se firmó a base de renunciaciones, ante la prepotencia de los norteamericanos, cuyos puntos de vista eran tan inapelables que hasta se negaron a una investigación sobre las verdaderas causas de la explosión acontecida en el *Maine*.

El recuerdo de la guerra se fue desdibujando. Pero en 1919 se empezaron a oír,

paradójicamente en Norteamérica, las primeras voces que pidieron honor y gloria para los muertos españoles en aquella guerra desigual. Todo ha de tener su explicación. La primera Guerra Mundial había dejado una Norteamérica enriquecida, que abandonó su imperialismo militar para iniciar el mercantil y económico. Y éste había que establecerlo sobre los lazos de la *buena vecindad* que, también con España, interesaba recuperar.

El capitán Francisco Anaya publicó en Madrid un artículo en el que pedía para aquellos héroes un homenaje nacional. El Centro de la Armada y el Ejército nombró una comisión organizadora para que gestionara la construcción de un monumento conmemorativo de aquel sacrificio. Don Rafael Altamira y Crevea, historiador y jurista español, fue elegido presidente. A la suscripción pública, abierta con ocho mil pesetas donadas por los Reyes de España, se sumaron instituciones y particulares de todo el país. El Presidente de la Asociación de la Prensa apoyó la propaganda nacional.

Se aprobó el boceto de González Poia, cuyo conjunto quería servir de estímulo a

los deberes patrióticos, tan debilitados por el *desengaño*. El *Heroísmo* lo componen un oficial y dos marineros muertos, en torno a una pieza de artillería, y otro marinero que, en pie, defiende todavía el barco. En la parte posterior, la *Patria* ordena el cumplimiento del deber a un oficial y un marinero que, ciegamente, la obedecen. Figuras, inscripciones y sonetos conmemorativos lo completan.

Por entonces, Cartagena salía de la crisis de la ruinería y empezaba a brillar gracias a las instalaciones de la Marina Española, por lo que «recibió el honor de custodiar el monumento nacional». La obra fue realizada por la Sociedad Española de Construcción Naval y la Junta de Obras del Puerto de Cartagena.

Presencia de los Reyes

El 19 de noviembre de 1923 se inauguró el monumento, en presencia de los reyes don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, y de Primo de Rivera, recentísimo Presidente del Directorio Militar. Altamira abrió el acto con un discurso en el que puso la mano en la herida: el pueblo español había salido de esta guerra profundamente decepcionado por sus políticos y sus fuerzas armadas. Era preciso asumir la parte honorable y gloriosa que aquel sacrificio por la patria tuvo. Altamira preconizó que la «injusta apreciación del sentir público (...) hizo a la marina responsable del mismo hecho del que fueron víctimas». Quería convertir el homenaje en un acto de educación ciudadana, encaminado a la integración de los valores militares en los civiles.

Altamira, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, catedrático de la Universidad de Madrid, y miembro del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, terminaría sus días como exiliado político en Méjico, después de que la guerra civil española le obligara a pasar a Francia. El Alcalde de Cartagena, don Alfonso Torres, intervino, antes de que lo hiciera Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella, cuyo discurso, una vez que pasa por la exaltación de las construcciones que darían impulso a la ciudad y por el agradecimiento a Estados Unidos, en la persona de su embajador allí presente, se vuelve político y, al mismo tiempo, incoherente. En realidad, lo dedica a ponderar el viaje que él y los Reyes harían a Italia para visitar al Papa y a Mussolini. También tuvo su palabra Mr. Moore, el Embajador de EEUU, quien aprovechó para declarar una profesión de «amistad entre civilizaciones hermanas», a tono con su nueva política internacional.

Así se llegó al momento más emocionante de aquella reunión: la concesión de una medalla conmemorativa a los supervivientes, que se alineaban junto a la tribuna. Quizá estuviera allí *mesíe Menéndez*, que así denominaban en Cartagena a un profesor que, ya nonagenario, llamaba la atención por un enorme agujero que ostentaba en la sien, cicatrizado de una herida que recibió en Cuba.

Por último, la Comisión hizo entrega a la ciudad de un pergamino por el que se le encomendaba el monumento «para que lo custodiara, con el objeto de enaltecer la memoria de los ilustres marinos de 1898 y para que sirva de ejemplo a las generaciones presentes y venideras». Una relación de tesorería cierra una Memoria de los cinco años que duró el proceso de este homenaje, y que puede consultarse en el Archivo Municipal de Cartagena, donde la encontré después de la pista que me dio mi tío Basilio Mínguez, quien recuerda aquel memorable día de la inauguración, cuando él contaba unos catorce años, más o menos.